

La vida imposible

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Eduardo Berti, *La vida imposible*
Primera edición: septiembre de 2014

ISBN: 978-84-8393-147-9
Depósito legal: M-18951-2014
IBIC: FYB

© Eduardo Berti, 2014
© De la fotografía de cubierta: Charles Hewitt / Getty Images, 2014
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2014

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid
Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Eduardo Berti

La vida imposible



ÍNDICE

Doble vida	13
Caso del reloj	15
La última mujer	16
<i>La edad de oro</i>	18
Una voz distinta	20
Toreo remoto	21
El traductor apresurado	22
Por aproximación	24
El caso del director	25
Pendiente del correo	26
Las manos al revés	27
Este libro no existe	28
Noticias antes de tiempo	30
Mentira	31
Un pecador	32
La repetición	33
Maternidad	34
El décimo	35
Una criatura del pasado	37
Variantes del ajedrez	38
Alguien igual	40
Una máquina curiosa	41
Un artista y su falsario	42
Lectores de sangre	44

<i>Déjà vu</i>	45
Laringe	46
Los sueños de mi hermano	47
El árbol personal	49
Paternidad	50
Un solo cuadro	51
Traición	52
La vuelta y media al mundo	53
Cinco hombres	55
Caso del cerrajero	57
Casa del niño y el mago	58
Una novela premonitoria	59
Resucitado con las flores	61
Treinta guiones para un film	62
Sin ropas	63
Trampa	64
El movimiento	65
El feo	66
Mariposa humana	68
Eduardo Berti	69
Un arco equívoco	70
Vueltos bestias	71
El jardín cercado	72
Otra actriz frustrada	73
La vida imposible	75
Diálogo y subtítulo	76
El museo de los marcos	78
El hombre igual	79
Mi padre vuelto perro	80
El bis	82
Demasiado temprano	83
El abogado cazador	84
Anotación	85
El camello	86
Desde atrás	87

<i>Mise en abîme</i>	88
Correspondencia ventrilocua	89
<i>Artificios</i>	90
Amantes idénticas	91
La compañera de al lado	92
Dos películas	93
El verdadero padre	94
El dolor del odontólogo	95
El don	96
El milagro	97
Recuerdos espejados	98
Caso de los pájaros	99
Las palabras por venir	100
Propia moral	102
Cuatro monstruos	103
Una escuela perpetua	104
Caso de los actores	105
Sobre la puerta	107
<i>Bovary</i>	109
El hijo	111
Sin continuación	112
Tiro en la nuca	113
El destino en los bolsillos	114
Qué es la muerte	116
Los libros por venir	117
Rectílocuo	118
Génesis	120
Dos reinas	121
Estaremos perdidos	123
Edición corregida	125
Otro dinosaurio	128
La muerte como un prisma	129
<i>Esqueleto</i>	131
RAMONERÍAS	133

DOBLE VIDA

En cuanto supe que mi padre había llevado en sus últimos treinta años una doble vida, sucumbí a la curiosidad y averigüé el nombre de su otra mujer y la dirección del otro hogar. Llamé a la puerta con una excusa cualquiera —una inspección de la compañía de seguros, o algo así—, y una mujer alta y equina me invitó a entrar. Entonces no pude dar crédito a lo que veía: el interior de aquel hogar era una réplica perfecta del que habíamos compartido mi padre, mi madre y yo; los mismos muebles, los mismos sillones con el mismo tapizado distribuidos exactamente igual, y hasta los mismos cuadros, los mismos platos de porcelana y las mismas esculturas de yeso.

De vuelta en casa, esa noche me dediqué con malévolo placer a desordenar los muebles y a revolver las cosas en los estantes. Mi madre seguía perpleja mis movimientos, pero no le dije nada de mi visita a la casa y cenamos en silencio.

De pronto recordé la vez que, siendo un niño, rompí el jarrón chino que flanqueaba el diván. El enojo de mi padre al saber del accidente me había parecido des-

proporcionado. Ahora podía entenderlo. Podía incluso imaginarlo al día siguiente, destruyendo a conciencia el jarrón igual, solo para conservar la simetría con su otro hogar.

CASO DEL RELOJ

En un pequeño pueblo de Guatemala hay un extraño reloj de arena. No mide ni medio metro de altura y ocupa el centro de una plaza colonial, presidida por una iglesia del siglo XVIII. La alcaldía ha contratado a cuatro hombres para que mantengan en buen estado el reloj —atracción principal en cien kilómetros a la redonda— y para que lo den vuelta sin tardanza toda vez que se haya agotado. Esto último no es simple dado que la arena nunca cae a igual velocidad por el cuello: en ocasiones se toma diez minutos, en otras demora hasta cuatro o cinco horas, sin que haya entre cada vaciarse ninguna clase de secuencia lógica. Sin embargo, si se observa con cuidado, se verá que los guardianes siempre acaban dándole vuelta veinticuatro veces por día, ni una más ni una menos, como si cada periodo establecido por la arena equivaliera, para el reloj misterioso, a cada una de las horas que conforman un día.

LA ÚLTIMA MUJER

Ella sentía tanto pudor que evitaba desvestirse en su presencia. Un pudor desmedido, observó él. Un pudor que ocultaba, se diría, algún misterio. Por fin le dio la espalda, se quitó la blusa y volteó enseñándole unos senos puntiagudos, aunque cruzando los brazos a la altura del abdomen. «¿Ves?», le dijo sin mirarlo. «Ningún hombre vio antes esto», y le mostró en consecuencia su asombroso cuerpo sin ombligo.

«Cuando nací —contó—, no hizo falta cortar el cordón umbilical. Tiraron de él y mi ombligo se arrancó, limpio y entero, del vientre. Mi padre me puso Eva, como la primera mujer que, al nacer de la costilla de Adán, también carecía de ombligo. Mi madre se sobresaltó y, en un arranque de superstición, exclamó que si la primera mujer había nacido sin ombligo, ahora yo podía ser muy bien la última. Los médicos rieron de buena gana; aun así, hasta que en el ala contraria no nació la siguiente niña, una incertidumbre (no sé si exagerada) reinó en aquel hospital».

Él escuchó en silencio su relato y se rio de la misma forma que los médicos parteros. Luego recorrió con la lengua el vientre liso. Y la amó como si en efecto fuera la última mujer en la Tierra.

LA EDAD DE ORO

Treinta y cuatro años después de haber concluido un diminuto óleo llamado *La edad de oro*, un ignoto pintor suizo leyó por casualidad que en cierta exhibición colectiva de arte abstracto que se celebraba en Austria su cuadro era estimado como el mejor. Hablaba el crítico de «un tardío descubrimiento del autor», reclamaba una muestra exclusiva de su obra y hasta se atrevía a un juego de palabras, bastante pueril por cierto, entre el título del cuadro y los años transcurridos a partir de su creación.

Curioso por saber cómo era eso de recolectar elogios y capturar las miradas, el ignoto pintor suizo partió en tren con destino a Viena, y ahí se encontró con que el óleo aclamado era el suyo, aunque colgado boca abajo, debido a un grosero descuido de los responsables de la exposición.

Lo habían descubierto «al revés», era y no era suyo el cuadro festejado, pero nadie más que él y dos decrepitos expertos de su patria eran capaces de advertir la situación, porque su firma era una especie de equis que se leía igual en todos los sentidos y porque sus óleos,

de tan desconocidos, en casi nada se diferenciaban de cualquier obra inédita.

Entonces vio el pintor, como un relámpago, el futuro: recibiría los honores, destruiría los antiguos catálogos con ese y otros cuadros al derecho, y llegaría al extremo de abrir una muestra personal, consagratória, con cincuenta de sus óleos hasta entonces condenados al olvido, puestos ahora convenientemente patas para arriba.